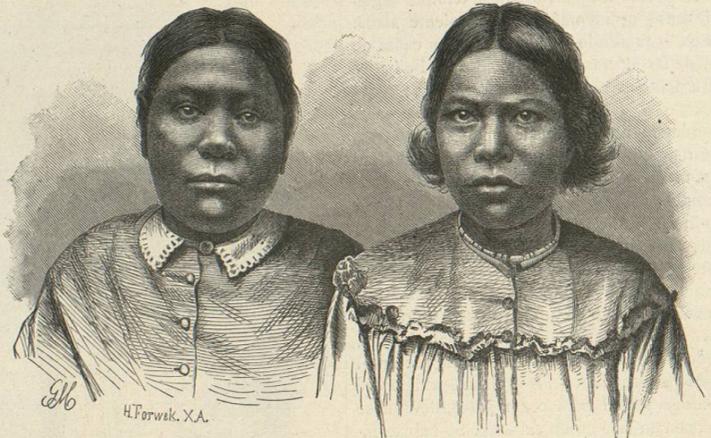


de ella en las venas de aquellos á quienes hechizan, razón por la cual la curación de las enfermedades consiste las más de las veces en la extracción de estas piedras. Este cuarzo ó hueso milagroso se introduce en los hechiceros gracias á una visita que éstos hacen al mundo de los espíritus y al cual se ven transportados durante sus éxtasis: también los obtienen pasando una noche sobre una tumba recién abierta. Los hechiceros hacen también muchas veces sus manipulaciones con madera sagrada que sacan por medio de hechizos de un árbol ó de un arbusto al que se supone dotado de virtudes curativas y consagradas (véase el grabado de la pág. 42). Los dieyeris practican con un palito de madera de acacia *kayamurra* todas las manipulaciones en que ha de entrar necesariamente la madera, tales

como la ruptura de dientes, la perforación del cartilago nasal, etc. De igual madera están hechos los palos mágicos, especialmente el *plongge*, palo de nudos cuyo más ligero contacto con el pecho de uno que duerma origina en éste una enfermedad. Entre los australianos raras veces ó nunca se encuentran al parecer, los ídolos propiamente dichos, que en tanta abundancia nos ofrece el Africa; sin embargo hay algunos objetos que los recuerdan. Quizás las 18 piedras largas y cubiertas con corteza que Flinders encontró en la isla Pellew, del golfo Carpentaria, eran ídolos: en esto podría sospecharse la existencia de una influencia extranjera, quizás malaya, si no correspondieran los tales objetos con bastante exactitud á algunos otros que Byrne menciona hablando del Sud de Australia, y que nos recuerda, por



Una mujer de las islas Gilbert y otra de las islas Marschall (de una fotografía del álbum de Godeffroy)

ejemplo, el *mokani*, cuña de piedra atada entre dos trozos de madera que hacen las veces de mango, que sirve para tocar con un extremo á los hombres y para embrujar con el otro á las mujeres.

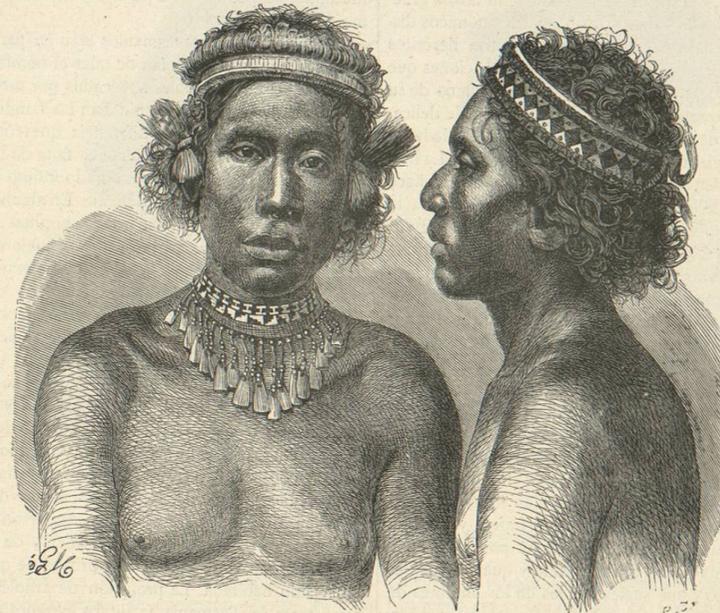
El hechizo más poderoso parece ser, sin embargo, el que se forma con alguna parte del cuerpo humano ó por lo menos con algo que sirva de alimento al hombre. Todo negro adulto se procura, para fines mágicos, toda suerte de huesos de pato, de cisne y de otras aves, ó las espinas de un pescado llamado *ponde*, de cuya carne haya comido alguno. Los hechiceros que producen enfermedades consiguen hacerse con buen número de ellos, por más que los indígenas tengan muy buen cuidado de quemar todos los huesos de los animales cuya carne han comido, para que no caigan en poder de sus enemigos. El hombre que posee alguno de estos huesos cree con ello tener un poder sobre la vida y la muerte de la persona que ha comido la carne del mismo. Para que los huesos tengan virtud mágica, primero se les entierra y luego se ensarta con ellos una bola amasada con ocre, aceite de pescado, un ojo de pescado y carne de un cadáver, y el todo se coloca sobre el pecho de un cadáver humano para que, gracias al contacto con el principio de putrefacción, adquiera un poder mortífero: este objeto se consigue al cabo de algún tiempo y entonces se guarda el hechizo hasta que llega el momento de tenerlo que usar. Si después ocurre algo que excite la cólera del hechicero contra el que ha comido la carne de aquel hueso, aquél clava en tierra este hueso cerca del fuego para que la bola se derrita lentamente y cree de todo punto que á medida

que la pasta se va derritiendo, enferma el hombre para el cual está destinado el hechizo, por muy lejos que se encuentre. Taplin refiere de un *narrinyeri*, llamado Ponge, que tenía dos hijos pequeños, un niño y una niña: un día ésta cortó jugando un dedo á su hermano, y el padre, en el primer impulso de terror, tomó el dedo cortado, se lo metió en la boca y se lo tragó. De esta suerte la desaparición del dedo era segura y no podía ningún enemigo apoderarse de él para ejercer contra el niño mágicos maleficios.

En el número de hechizos ó medicinas de que son guardadores los hechiceros figuran también casi todas las partes de los cadáveres humanos: porque se le considera con virtud mágica contra los malos hechizos, se corta el tejido adiposo que envuelve los riñones, no sólo á los enemigos muertos en el combate, sino también á los que son hechos prisioneros. La relación entre esta especie de hechicería y la medicina es de gran interés desde el punto de vista de la historia general de la civilización. Cierta que los hechiceros (llamados *melapor* entre los sudafricanos) no son los únicos médicos, que al lado de ellos existe una clase especial de éstos denominados *mintapa* en el Sud y *bilbo* en el Norte y que en los territorios occidentales curan también las mujeres ancianas, pero por regla general las dos profesiones van unidas, causando verdadera sorpresa ver, en algunas ocasiones, á los hechiceros portarse como médicos naturales perfectamente racionales. Los *narrinyeris* atribuyen todas las enfermedades á la hechicería y las tratan por medio de contra-hechizos de toda suerte, entre los cuales figura uno que consiste en murmurar sobre el enfer-

mo una especie de conjuro para hacer cesar la maléfica influencia que sobre él pesa y le hace sufrir: al propio tiempo el médico practica compresiones y masajes sobre la parte enferma y se arrodilla sobre el paciente hasta que éste gime y se queja. Contra el reumatismo emplean estos médicos naturales una especie de baño de vapor que se da de la siguiente manera, muy adecuada á su objeto: calientan algunas piedras al fuego como si hubieran de servir para guisar y construyen luego una especie de andamio, hecho con palos, sobre el cual es colocado el enfermo: luego ponen debajo del andamio algunas de las piedras calentadas, cubren al paciente con mantas no dejando libre más que la cabeza y procuran apartar á las piedras de las corrientes de aire; después, de lo cual colocan encima de ellas algu-

nas hierbas húmedas y el vapor que de esta manera se produce penetra por entre las mantas y empapa el cuerpo. También vemos aplicadas las abluciones frías (contra las fiebres, heridas), la escarificación y la sangría, procurando, empero, en esta última que la sangre no caiga al suelo, sino encima del cuerpo de otro hombre, sobre el cual se marcan líneas cruzadas en todas direcciones, pues «esto es bueno para la salud de jóvenes y de viejos», de modo que hasta en la medicación racional vemos la intervención de la hechicería. Las más de las veces, sin embargo, su manera de tratar las enfermedades es altamente absurda; por esto en parte regocija y en parte entristece al visitar la cabaña de un joven enfermo, ver al padre, de barba casi canosa, bailando completamente en cueros delante de su



Hombres de Ponape, islas Carolinas (de una fotografía del álbum de Godeffroy)

hijo una danza solemne que acompaña con cierto canto. Intimamente relacionado con el *kobong* está el hecho de que cada médico tenga su medicina especial, el uno una serpiente, el otro una hormiga, el de más allá un fucos marítimo, que califican de su amigo y protector y emplean en todas las ocasiones.

Es admirable ver cómo, aun entre estos pueblos, los objetos de veneración y de embellecimiento poético están sometidos á variaciones. Así por ejemplo, Taplin encontró las leyendas, más arriba referidas, acerca de la vida y hechos de Kurrundere mucho menos firme y completamente arraigadas en la memoria popular que el misionero H. E. A. Meyer las había encontrado 25 ó 30 años antes y, en sentir de aquel autor, los jóvenes de la generación actual apenas tienen noticia de aquellas historias. Más sorprendente es todavía la explicación racionalista que algunos indígenas dan, por ejemplo, acerca del modo de ser de su dios Nurrundere, en quien pretenden simplemente reconocer la divinización de un caudillo que condujo á su tribu á la residencia que actualmente ocupa.

## CAPITULO VI

### LOS TASMANIOS

«Hé aquí un pueblo con dotes suficientes para progresar, pero que no encontró ocasión para desarrollarse sino cuando era ya demasiado tarde.»  
WALLACE.

Semejanza corporal de los tasmánios con los melanesios. — Trajes. — Viviendas. — Navegación. — Armas. — Sistemas de enterramientos. — Supersticiones. — Extinción de la tribu.

La isla situada al Sudeste de Australia, que lleva el nombre de Tasmania ó Tierra de Van Diemen, estaba en otro tiempo habitada por una tribu á la cual podía aplicarse la mayor parte de lo que acabamos de decir en la anterior descripción de la Australia. Aun teniendo en cuenta que los primeros observadores partieron del principio de que la Tasmania era un pedazo de la Australia (el estrecho de Bass no se descubrió hasta 1797) y por ende consideraron á los indígenas de ambos territorios como esencialmente

iguales, siempre queda en pie, de la parte puramente positiva de las primeras descripciones, una gran semejanza. Esta semejanza es indudable por lo que hace á la civilización, á las costumbres y á los usos; y en cuanto á la estructura corporal no parece haberse manifestado ninguna diferencia profunda, por más que bajo este concepto los tasmánios acusen cierta aproximación al tipo malayo, que sólo aisladamente aparece en Australia (véase pág. 389).

La estructura corporal de los tasmánios no es en manera alguna á los ojos de los observadores expertos tan miserable y baja como han pretendido algunos que no conocieron á ese pueblo más que en estado de la más profunda decadencia. Cook dice que los tasmánios son esbeltos, de estatura generalmente alta, de lanosa cabellera «como un indígena de Guinea,» pero sin nariz chata y sin labios gruesos. «Por el contrario — dice — sus rasgos fisonómicos distan mucho de ser desagradables.» Los niños son descritos como criaturas bonitas, y de las duras observaciones que consagra á los esfuerzos hechos por los «gentlemen» de su buque para alcanzar por medio de presentes y de delicadezas los favores de las mujeres tasmánias, puede deducirse que éstas no debían tener nada de repugnantes. La descripción que Anderson, médico de buque de Cook, hace de los indígenas de la bahía Adventure es la más exacta de cuantas poseemos acerca de los tasmánios todavía vírgenes, es decir no desmoralizados, y hay que confesar que dista mucho de trazar una caricatura. Los puntos principales de la descripción de Anderson, que á continuación reproducimos, han sido en su parte esencial confirmados por los mejores observadores.

Dice este autor que la piel de los tasmánios es de un color negro agrisado no tan oscuro como el de los africanos; que su cabello es lanoso y está dividido, como el de los hotentotes, en pequeños mechones; que su nariz es ancha y carnosa aunque no chata; que sus ojos son de tamaño regular, que el blanco de los mismos no es tan puro como el de los nuestros y que su expresión sin ser extraordinariamente animada y penetrante, es franca y sincera; que su boca es grande y parece aún mayor por causa de la barba espesa y untada con grasa y creta y que sus dientes no son tan blancos como suelen ser los de los hombres de color más oscuro. Su cuerpo es, por regla general, proporcionado, por más que el vientre sea algo prominente, detalle que se nota más porque la posición favorita del tasmánio es echar la parte superior del cuerpo hacia atrás y coger con una mano pasada por la espalda el otro brazo que lleva colgando.

Imposible es imaginarse menor cantidad de vestido que la que llevaban los tasmánios cuando los encontraron Cook y Anderson, pues este pueblo ofrecía uno de los ejemplos no muy frecuentes de una absoluta desnudez. Hablando de los primeros tasmánios que vió en la bahía Adventure, dice Cook: «Iban completamente desnudos y no llevaban ningún adorno, á no ser que como á tal y como prueba de su afición á adornarse quieran considerarse unas grandes puncturas ó cicatrices que ostentaban en algunas partes de su cuerpo y que formaban líneas unas veces rectas y otras curvas.» Esto lo dice refiriéndose á ocho hombres y á un niño, comprobándose por posteriores observaciones que los tales no constituían una excepción. Algunos llevaban como adorno unas tiras de piel, delgadas como cordones, atadas al cuello, otros un pedazo de piel atado al tobillo. Las mujeres llevaban atada en las espaldas y en la cintura una piel de kanguro en su forma natural, pero no como prenda de vestir, sino más bien destinada, al parecer, á llevar á los niños en la espalda, pues no llegaba á cubrir el

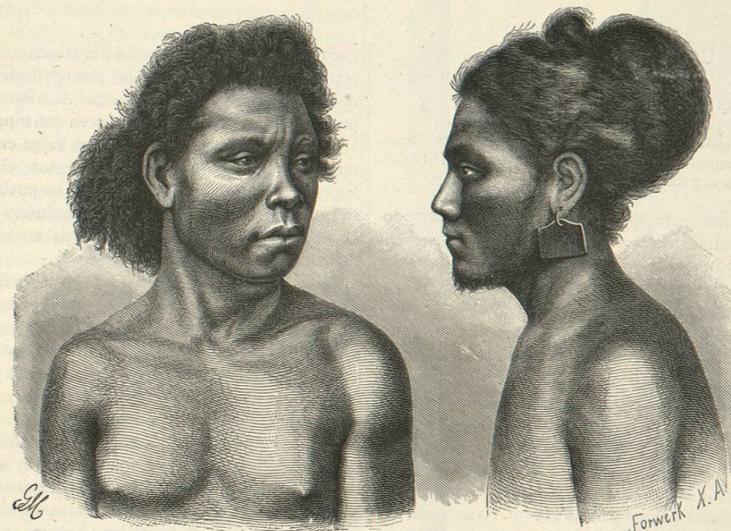
abdomen. Usaban además las tasmánias las sandalias de piel que no encontramos entre los australianos. Las mujeres usaban una especie de adorno, si tal nombre quiere dársele, que consistía en raparse toda la cabeza ó por lo menos una tonsura. Se habla también de que los hombres se pintaban el cuerpo y se empolvaban con polvos rojos el cabello, que llevaban extraordinariamente rígido. Untábanse también el cuerpo con grasa y se adornaban con anillos formados con tiras de piel y con sargas de conchas. Las plumas rojas eran muy estimadas. Las cuentas y monedas que Cook les dió fueron, según parece, recibidas con gran alegría por los tasmánios, los cuales, en cambio, no hicieron gran caso del hierro de que tan ávidos se muestran los polinesios, á pesar de conocerlo tan poco como aquéllos.

Las viviendas de los tasmánios eran en parte miserables chozas que apenas merecían de tales el nombre, y en parte troncos de grandes árboles ahuecados por medio del fuego en los cuales propiamente anidaban las familias. Las cabañas ofrecían entre sí tanta diferencia que como condición común á todas sólo podía citarse la falta de un tipo determinado, lo cual demostraba un grado ínfimo de desarrollo en esta faz de la existencia humana. En algunos puntos había cabañas construidas con troncos y ramas entrelazadas, de forma hemisférica, parecidas á las mejores de los australianos, mientras que en otros eran efímeras tiendas, que más bien podían llamarse biombos, hechas con ramas de árboles ó con musgo amontonado sobre palos. En ninguna parte encontramos aldeas propiamente dichas, pues no podemos designar con el nombre de tales la agrupación de 14 viviendas que vió Peron. En los puntos accesibles de la costa había cabañas de corteza y los grandes montones de conchas que cerca de ellas se encontraban indicaban que los indígenas se habían alimentado de mariscos. Las viviendas que consistían en troncos huecos parecían haber sido ensanchadas intencionadamente por medio del fuego para darles más cómodas dimensiones. Anderson encontró en un fogón de arcilla que ocupaba el centro de una de estas viviendas propias de sátiros, una prueba de que realmente había sido habitada. La profusión de árboles corpulentos que ostenta la Tasmania facilitaba extraordinariamente la existencia de tales habitaciones. Ya Tasman pudo admirar en la bahía de Federico Enrique árboles cuyos troncos tenían un diámetro de 2 y 2 y media toesas.

En la esfera de la civilización parecíanse los tasmánios en alto grado á los australianos propiamente dichos, viendo la semejanza mayor desde el punto de vista etnográfico que desde el antropológico. Un mueble melanesio que poseían los tasmánios y que no tenían los australianos era el escabel para la cabeza. Los naturales de Tasmania, á pesar de lo propicio del clima, eran tan poco agricultores como los de Australia: las extensas costas y los bosques de la isla les proporcionaban alimentos animales en gran abundancia, y á esta alimentación más nutritiva se debe la mayor energía de que son prueba algunos hechos que de ellos se refieren. Como los australianos, cocían, al parecer, los manjares con piedras calientes. Sus barcos, ó mejor dicho sus embarcaciones á modo de barcas, eran en extremo frágiles para insulanos: algunos poseían vastas lanchas de corteza de árbol ó de gruesas cañas, más parecidas á armadías que á canoas; otros usaban unas canoas pequeñas de pieles estiradas. Ni con éstas ni con aquéllas se aventuraban á mucha distancia mar adentro: tampoco las manejaban siempre con remos, sino con lanzas. Esto no obstante nadaban y se sumergían á la perfección. Las primeras tribus con las cuales

tuvieron tratos los europeos se alimentaban de pescados y de mariscos. Sus armas se diferenciaban esencialmente de las de los australianos por la falta del bumerang y de las planchas lanzadoras: también carecían por completo de arcos y flechas. Las que principalmente usaban eran largas lanzas de madera, destrales de piedra de cerca medio metro de longitud, los palos arrojados afilados por delante, los cuchillos de piedra y las mazas de madera: de estas armas hacían extraordinario uso, pues vivían casi constantemente en guerra unos con otros. Los tasmánios no eran antropófagos y trataban á sus mujeres mejor que los australianos. Los 6 ú 8,000 habitantes que había en aquella

isla antes de la llegada de los europeos se dividían en un gran número de tribus. El infanticidio no parece haber nunca dominado entre los tasmánios que respetaban la vida de los mismos niños raquíuticos. Sus sistemas de enterramientos recordaban los de Australia: aun en este reducido espacio existía la diversidad de sistemas, como la cremación, el entierro, la momificación, la inhumación en un árbol hueco, la construcción de una choza sobre la tumba (según Peron) etc. Las almas vagaban como espíritus; los malos espíritus hacían inseguros los bosques y á los buenos espíritus se les dirigían súplicas. El carácter de los tasmánios era generalmente franco, cándido, pacífico: sus dotes inte-



Un hombre de las islas Palaos y otro de Yap, Carolinas (de una fotografía del álbum de Godeffroy)

lectuales eran mejores de lo que se desprende de las narraciones de observadores de antemano prevenidos y por ende superficiales. Esto lo demostró demasiado tarde el progreso que hizo la educación que se dió á los restos de ese pobre pueblo, del cual podemos decir con A. R. Wallace, era «un pueblo dotado de condiciones para progresar,» pero desgraciadamente la civilización no le dió tiempo para desarrollar estas dotes.

Los indígenas de Tasmania que en 1815 ascendían todavía á 5,000, quedaban reducidos en 1860 á 15. Para en-

mendar la injusticia que con ellos se había cometido, este pequeño grupo fué reunido en Oyster Cove, en la parte oriental de la isla, en donde el gobierno atendió pródigamente á su existencia, confiándoles al cuidado de un *Protector of the Aborigines*. Pero todos fueron muriendo rápidamente y con la muerte de una mujer (véase el grabado de la pág. 425) se extinguió en 1876 la tribu de los tasmánios. Inglaterra había ocupado la isla en 1803, de suerte que la lucha á muerte sostenida por este notable pueblo no duró más que una generación.